

EL AMOR Y LA LOCURA: NOTAS DE AMORES DESGRACIADOS

La relación entre amor y locura siempre ha sido estrecha. Desde la época de los griegos, el dios Eros es representado con los ojos vendados y guiado por una mujer que lo conduce sin puerto. Hoy en día, representaciones menos poéticas circulan por las redes virtuales, pero siempre se menciona la pérdida de la cordura como eje fundamental del amor.

Y es que a pocos se les ocurriría amar de modo racional. La idea de amar o sentirse amado va de la mano con la entrega total, desmedida. Sea a la pareja, a Dios, a los ideales, al dinero, cuando amamos, nos dejamos llevar por el desenfreno... o al menos así lo queremos creer.

Sin embargo, la realidad es mucho más dramática. La otra cara de la moneda es el amor no correspondido: sea a través del abandono, de la mentira cotidiana o de la infidelidad. Y por eso, nada mejor que acercarse a un espacio que acaba con cualquier asomo de romanticismo, el hospital psiquiátrico. Los pabellones de mujeres están repletos de suicidas fallidas, de

alcoholizadas, de deprimidas. La razón por la cual llegaron a tal estado suele ser, la mayoría de las veces, algo aparentemente natural, pero difícil de conseguir: un poco de amor.

Las mujeres aprenden a amar e incluso a dar la vida por quienes las rodean. **Patricia*** llegó de una ciudad del norte del Valle, remitida porque intentó suicidarse. Se sentía fea, gorda y poco atractiva, pues su marido perdió el empleo y no pudo seguir sosteniendo su estilo de vida, que incluía dieta, gimnasio y club campestre. “Sin él yo no soy nada. ¿Y qué tal que me deje?” repetía una y otra vez. Su depresión aumentó al verse rodeada de mujeres de sectores populares, en medio de crisis psicóticas y de abandono social.

Un abandono como el que vivía **Gina**, una niña de diez años que llegó al servicio médico después de consumir Lorvan, un insecticida que encontró en su casa. “Yo me lo tomé porque

* Los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de los pacientes.





*Quizás si
comprenderíamos
que amar no es
pedir lo que se
quiere sino dar lo
que no se tiene,
las cosas serían
distintas*

*

estaba aburrída”, decía, después intentar quitarse la vida para irse a donde estuviera su abuelita, fallecida unas semanas atrás, la única de la familia que la trataba bien. Gina no contaba con apoyo emocional ni con quien le hiciera pensar en un futuro con posibilidades diferentes a las que había vivido toda su vida.

Sin embargo, el amor también puede ser una verdadera convención de desatinos, como le ocurría a **Paula**, quien en su búsqueda de amor ejercía el trabajo sexual y asistía al culto de los Testigos de Jehová. A sus 20 años, había sido internada en algunas ocasiones pues el consumo de psicotóxicos la llevaba una y otra vez a la agresión y a la violencia con sus compañeras. Sus amores han sido muchos y pasajeros: cambiaba constantemente de pareja a la espera de encontrar “al que es”. Sabía que en la prostitución a lo mejor no lo encontraría, pero “una

nunca sabe”. No veía otras posibilidades, pues había estudiado solo hasta quinto de primaria. Esperaba que su novio la sacara de esa vida y le pusiera una peluquería.

La situación que vivía **Yami** no era mejor. Fue internada luego de cortarse las venas. Se había volado de su casa para irse a vivir con su novio, quien trabajaba con el Ejército Nacional. Su cuñada la había acusado de metérsele en la cama a su esposo (es decir, a su propio cuñado), y en medio de la discusión con la familia que la había acogido quiso acabar con su vida despicando una botella para cortarse las muñecas. Todo el tiempo que estuvo en el servicio de salud trató infructuosamente de encontrar a su hombre, a ese que llegara sin pedir permiso y la sacara de los problemas. Que la hiciera sentir protegida. En otras palabras, a la espera del príncipe azul que rescata a las mujeres en todas las películas de princesas que consumen desde niñas.

Aprendemos a amar y en ese proceso, empezamos a creer que es la otra persona quien nos proveerá lo necesario para sobrellevar la vida. Sea el dinero, el afecto familiar, un mínimo de respeto o un gesto de reconocimiento, estamos a la espera de ese detalle, de ese Don. Quizás si comprendiéramos que amar no es pedir lo que se quiere sino dar lo que no se tiene, las cosas serían distintas.

Andrés Felipe Castelar.
Psicólogo.